

Juan Wesley en nuestra América (6/6)

Dr. Justo L. González



Universidade Metodista de São Paulo
São Paulo, Brazil
mayo de 2016

Juan Wesley en nuestra América (Wesley en Diálogo con la Reforma 6/6)

Al terminar esta serie de cinco conferencias acerca de Juan Wesley y su relación con la Reforma, conviene que tomemos al menos unos breves minutos para considerar lo que todo esto pueda significar para nosotros. Si entre la Reforma y Wesley mediaron dos siglos, entre Wesley y nosotros median casi tres. Luego, no basta con decir algo acerca del modo en que Wesley se relacionó con las distintas tradiciones surgidas de la Reforma Protestante, sino que también debemos decir al menos una palabra respecto a lo que ha sucedido en el tiempo entre Wesley y nuestros días, y lo que esto pueda implicar acerca del modo en que debamos leer, interpretar y aplicar lo que Wesley nos enseña. En el tiempo transcurrido entre Wesley y nosotros han tenido o varios acontecimientos y han surgido corrientes de pensamiento que indudablemente nos afectan en el día de hoy, presentándonos nuevos retos de misión, y al mismo tiempo afectando el modo en que entendemos la fe cristiana en general y la teología de Wesley en particular.

Cuando de nosotros se trata, no creo que deba haber duda alguna de que el principal de esos acontecimientos ha sido la transferencia del pensamiento y piedad wesleyanos a este nuevo ambiente que llamamos América Latina. Los primeros misioneros metodistas que llegaron a nuestras tierras venían imbuidos del espíritu y las perspectivas de una bullente modernidad. Muchos pensaban que las dificultades sociales, políticas y económicas de nuestras tierras eran resultado directo del oscurantismo católico romano. En consecuencia, una de las principales tareas que se imponían era promover la educación de nuestro pueblo, y por eso se fundaron

escuelas metodistas, muchas de las cuales continúan hasta hoy y algunas de las cuales a la postre se volvieron universidades e importantes centros de educación superior.

El siglo XIX fue un período de gran contraste entre el catolicismo y el protestantismo – contraste hasta quizá más marcado que en el siglo XVI. Mientras el catolicismo resistía los avances de la modernidad, a los que veía como una amenaza tanto para la Iglesia Católica como para la fe misma, el protestantismo en su mayor parte se declaró precursor y promotor de la modernidad. Como es de todos sabido, varios de los gobiernos liberales en los primeros años de nuestras repúblicas fomentaron la presencia del protestantismo como un aliado contra el tradicionalismo de la Iglesia Católica y de los partidos conservadores aliados a ella. Esto lo hicieron en parte facilitando la inmigración de países del norte de Europa, y en parte dándoles la bienvenida y a veces hasta invitando a los misioneros protestantes procedentes de Gran Bretaña y Norteamérica. Luego, mientras la jerarquía de la Iglesia Católica se veía a sí misma como defensora de los valores tradicionales, así como de la fe católica del pueblo, los misioneros y los primeros líderes protestantes latinoamericanos se veían a sí mismos como promotores de la libertad, la educación y el progreso.

Parte de esa ideología del progreso era el liberalismo económico, que confiaba en que el mercado libre, sin mayores trabas ni directrices por parte de los gobiernos, llevaría necesariamente al progreso. Frente a tal visión que los partidos conservadores, frecuentemente unidos a la jerarquía católica, proponían prácticas y políticas económicas muy semejantes a las

que habían establecido los países ibéricos en tiempos coloniales.

Y parte también de esa ideología era un acendrado individualismo. El ideal de tal individualismo era lo que llamaban en inglés el “self-made man”, es decir, la persona que se construye a sí misma por su propia cuenta, y a veces contra viento y marea. En el campo de lo económico y social, esto quería decir que se respetaba particularmente a aquellas personas que, muchas de ellas surgidas de la pobreza, habían alcanzado altos niveles económicos. La ideología económica del siglo XIX y buena parte del 20 concordaba con esto, dando a entender que el éxito o fracaso económico y social de una persona dependía de la persona misma, y tenía poco que ver con las circunstancias que pudieran contribuir a sus éxitos o fracasos. Puesto que la ley del mercado era absolutamente independiente de los procesos políticos, se suponía que todos los individuos tenían la misma oportunidad de alcanzar altos niveles económicos y sociales.

En el campo de la religión y la teología, esto resultó en un protestantismo latinoamericano que reflejaba y sigue reflejando buena parte de las perspectivas de quienes nos trajeron el evangelio, imbuidos en una modernidad individualista, convencida de un progreso que no tendría fin, y que veía el camino hacia ese progreso en la educación y en el esfuerzo personal.

Esto ha llevado a ciertas tergiversaciones del pensamiento tanto de la Reforma como de Wesley, de tal modo que se hace necesario un redescubrimiento de algunos elementos del pensamiento del propio Wesley. Señalemos algunos:

En primer lugar, si pensamos acerca de Wesley y su relación con Lutero, vemos que buena parte de lo que ha sucedido en América Latina es que se ha difundido un entendimiento del evangelio en el que se ve precisamente el peligro que le preocupaba a Wesley acerca de las posibles consecuencias de la teología de Lutero. La crítica de Wesley a Lutero, sobre todo refiriéndose al *Comentario a Gálatas* de Lutero, era que parecía que la justificación se había vuelto la totalidad del mensaje evangélico. Algo semejante vemos hoy cuando se da la impresión de que todo lo que hay que hacer para ser cristiano es levantar la mano y venir al frente en un servicio de evangelización. Luego, al tiempo que la predicación evangélica en nuestra América ha mantenido en alto el principio de la justificación por la fe, que se hacía absolutamente necesario en un contexto en que el cristianismo parecía haberse vuelto una escalera para subir al cielo, esa misma predicación frecuentemente ha caído precisamente en los peligros que Wesley señalaba.

En segundo lugar, podemos relacionar todo esto con lo que dijimos acerca de las relaciones entre Wesley y Calvino. Al igual que Calvino, Wesley subrayaba la importancia de la ley de Dios para la vida cristiana y social. No bastaba con la justificación, sino que la santificación era también parte de esa obra de Dios en el ser humano que llamamos salvación. El propósito de Dios no es sólo que le creamos, sino también que le obedezcamos; no sólo que confiemos en él, sino también que crezcamos a su semejanza. El énfasis de Wesley en la necesidad de santificación resulta urgente para nosotros en medio de un supuesto evangelio que se contenta con una supuesta justificación.

Pero, en tercer lugar, hay que hacer una aclaración respecto a la santificación y lo que implica. La santificación no se limita a lo meramente individual. Ciertamente, tiene una dimensión de santidad personal. Pero también es tarea de la comunidad de fe buscar la santificación de la sociedad toda mediante la práctica del amor y la justicia. Puesto que el mensaje evangélico nos llegó de fuentes extranjeras, sucedió con nosotros lo que también ha sucedido a través de toda la historia de las misiones: quienes nos enseñaron la fe no estaban al tanto de las situaciones políticas, económicas, sociales y culturales de nuestro pueblo, por tanto, ni ellos ni la mayoría de los primeros evangélicos se ocuparon de relacionar el evangelio con tales cosas. Pero hoy, como herederos de Wesley, se nos llama a seguir el ejemplo de Wesley relacionando nuestra fe con las cuestiones de justicia que se debaten en nuestros países, y al mismo tiempo hacerlo en espíritu de amor y con metas de reconciliación.

En cuarto lugar, y tratando todavía acerca de la santificación, hay que insistir en que para Wesley la santidad de la iglesia no se fundamenta en la santidad de sus miembros. La santidad de la iglesia le viene de su cabeza, que no es otro que Jesucristo. La Iglesia es santa porque es el cuerpo de Cristo. Dentro de ese cuerpo santo estamos todos nosotros, pecadores en proceso de santificación. Debido al individualismo que reinaba en los ambientes de donde nos llegó el mensaje evangélico, frecuentemente en nuestra eclesiología ha sido débil. Existe entre nosotros la tendencia a pensar que son los miembros los que constituyen la iglesia, cuando en realidad es lo contrario: es el Señor de la iglesia quien nos hace miembros de ella. La razón por la que recalco esto es que uno de los más serios problemas en la tradición wesleyana ha sido nuestra

tendencia a dividirnos por cuestiones de santidad. Dentro de cualquier iglesia hay algunas personas que se consideran más santas que las demás, y que por tanto deciden apartarse para crear otra iglesia más santa. Naturalmente, lo que pronto sucede es que aun dentro de esa iglesia hay otras más santas que las demás, quienes ahora deciden apartarse una vez más para crear otra iglesia verdaderamente santa. Y así el proceso continúa hasta el infinito, dividiéndonos cada vez más y perdiendo la fuerza de nuestro testimonio. Por eso es importante que recordemos que la santidad de la iglesia no está en sus miembros, sino en su cabeza.

En cuarto lugar, deberíamos estudiar con más detenimiento lo que Wesley dice acerca del “entusiasmo”. Lo que le preocupaba no eran las manifestaciones externas de tal entusiasmo, que algunas veces parecían extremas, sino el reclamo por parte de algunos de tener una inspiración especial del Espíritu Santo que les autorizaba para considerarse por encima de la iglesia y a veces hasta por encima de las Escrituras. Me temo que en nuestra América aparecen hoy fenómenos semejantes, y que tenemos que aprender a discernir los espíritus, no sencillamente sobre la base de si el culto es de una manera o de otra, sino más bien sobre bases teológicas, tratando de asegurarnos de que lo que se afirma, ya sea en cultos de mucho alboroto o en liturgias más reposadas, sea el evangelio de Jesucristo, y no alguna supuesta inspiración individual – y mucho menos una supuesta autoridad especial concedida a alguno por el Espíritu Santo.

Y, por último, examinemos el modo en que Wesley trato con las diferencias teológicas. Al mismo tiempo que tenía desacuerdos con personajes ilustres tales como Lutero y Calvino, y expresaba esos desacuerdos con firmeza, nunca se mostró irrespetuoso para con ellos, ni negó los aspectos positivos de su obra. Lo que es más, la postura de Wesley respecto a los grupos disidentes como los bautistas, y respecto al catolicismo romano, era la misma. Al tiempo que podía escribir fuertes críticas contra algunas de las doctrinas del catolicismo romano según las había definido el Concilio de Trento, lo hacía siempre con respeto. No olvidemos que estaba dispuesto a reconocer la santidad de personajes católicos tales como Gregorio López. En nuestra América, donde el mensaje evangélico se presentó primeramente en un contexto dominado por un catolicismo tridentino, se nos hacía fácil criticar al catolicismo romano, y hasta a veces tratar acerca de él con una virulencia insultante. De ello resultó un supuesto “evangelismo” que en realidad era una crítica al catolicismo romano y se justificaba sobre la base de los errores y abusos de la Iglesia Católica. Hoy las cosas han cambiado y siguen cambiando. Ya no podemos criticar a los católicos por celebrar la misa en latín, por no darles el cáliz a los laicos, o por no leer la Biblia. Esto no quiere decir que ya no tengamos diferencias entre protestantes y católicos. Lo que sí quiere decir es que tenemos que detenernos a pensar con detenimiento acerca de tales diferencias y a expresarlas con firmeza al mismo tiempo que con seriedad y respeto. Me parece que en esa tarea Wesley es un buen modelo que imitar.

Hace unos pocos años celebramos los 300 años del natalicio de Wesley. Pronto celebraremos 500 años desde el comienzo de la Reforma. Pero si nos limitamos a celebrar, no seremos fieles

ni a la herencia de la Reforma ni tampoco a la de Wesley. Lo que nos corresponde hacer ahora, a cinco siglos de Martín Lutero y dos y medio de Juan Wesley, es volver a leer, ahora desde nuestra perspectiva, tanto a Lutero como a Wesley y a todos los demás grandes personajes de nuestra herencia, y ver qué pertinencia tienen para las nuevas circunstancias y los desafíos a que nos enfrentamos hoy. Permita al Señor que nuestras reflexiones ahora que nos abocamos al quinto centenario de la Reforma sigan esa ruta. Yo personalmente le agradezco a la Universidad Metodista por la invitación a haber estado con ustedes durante estos días y comenzar a explorar algo de los caminos que hemos de explorar en las décadas por venir.

Muchas gracias.

